

## PRÓLOGO

*HACE SIETE AÑOS...*

HUNTER

—Y ahí estaba yo, agarrándola del pelo, los dos a cien. La miro a los ojos y le digo: «¿Por qué no eres una buena chica y me la chupas?». Y antes de que pudiera hacer nada, se había levantado y me había dado un puñetazo.

Abro los ojos de golpe y me atraganto con el whisky que estaba bebiendo. Si dijera que no me esperaba que mi amigo y colega soltara eso, me quedaría corto.

—¡Joder! —le digo a Emerson, dejando el vaso sobre la mesa.

Isabel, sentada a mi lado, se muerde el labio para contener la risa. Es la tercera vez que viene conmigo un jueves por la noche, el día que quedo con mis amigos para quejarnos del trabajo, y no sé muy bien qué opina de lo vulgares que pueden llegar a ser.

Es demasiado joven para estar en este lugar, y aunque salimos desde hace casi tres años, no suelo pedirle que venga conmigo cuando quedo con los demás. Es demasiado... pura para esta gente. Bueno, eso no incluye a Drake, claro, porque siempre está con nosotros, aunque ahora mismo se ha apartado un poco para jugar a los dardos con un grupo de chicas que creo que están celebrando un cumpleaños.

Le cojo la mano a Isabel por debajo de la mesa y le sonrío cuando se sonroja. Se ríe en voz baja de Emerson cuando él usa el vaso a modo de bolsa de hielo en el moratón que se le está formando alrededor del ojo.

—Me da que no le gustó lo que le dijiste —comenta Maggie, mirando a Emerson con una sonrisa traviesa.

—¿Tú crees? —Emerson hace una mueca—. A ver, creía que nos entendíamos. Parecía bastante pervertida, y estoy convencido de que le gustaba, pero supongo que me equivoqué. Al parecer no es muy fan de la humillación sexual.

Nunca dejará de sorprenderme la franqueza con la que mis amigos hablan de sexo. No soy un mojigato, ni mucho menos, pero mi padre a veces era un poco conservador y defendía la rectitud en todo lo que le convenía, y la ignoraba cuando no. No se le daba muy bien lo de proporcionarnos un techo bajo el que cobijarnos, así que yo tuve que ver y hacer unas cuantas cosas bastante turbias para salir adelante.

Ahora tengo un trabajo estable, me han ascendido dos veces en los seis últimos meses y tengo una novia con la que pienso casarme algún día, si puedo hacer bien las cosas.

Así que, sí, cuando la hora feliz de los jueves sube de tono, me inquieta un poco, porque Isabel no es como Drake o como yo. Ella viene de una zona de la ciudad en que las casas tienen vallas blancas y los vecinos pasean perros de pura raza, y quiero que siga siendo así, así que cuando mis amigos cuentan sus historias de sexo, me pongo un poquito nervioso, nada más. Cuando no están hablando de eso, se quejan de la empresa para la que trabajamos, y me parece bien, porque yo también estoy harto, pero no puedo permitirme perder el trabajo ni que la empresa se vaya a pique, aunque sabemos que es inevitable. Si quiero pedirle matrimonio a Isabel —y es lo que quiero cuando cumpla los veintiuno—, necesito tener bastante dinero ahorrado como para dar la entrada de una casa y comprarle el anillo que se merece.

Tal vez los demás odien la empresa y quieran marcharse, pero no saben hasta qué punto yo la necesito para asegurar el resto de mi vida.

Un coro de risitas en la barra me llama la atención, y, cuando vuelvo la vista hacia ahí, veo a Drake bebiendo un chupito del vientre de una de las chicas del cumpleaños, e ignoro por qué,

pero me encuentro rechinando los dientes, aunque no sé de qué me sorprende: es así desde que éramos adolescentes.

Eso me hace preguntarme cuánto tiempo voy a ser el único del grupo que tiene una relación estable; Emerson y Garrett aprovechan al máximo las fiestas y eventos de trabajo y se acuestan con un montón de mujeres, pero, tarde o temprano, acabarán cansándose y buscando algo fijo, ¿no?

Estaba desconectado de la conversación, pero, de pronto, algo que dice Garrett me devuelve al presente.

—Joder, tío. Es una mierda que no haya una manera de emparejar a la gente por las perversiones que les molan en la cama. —Todo el grupo, incluida Isabel, se ríe de esa idea absurda. Vuelvo a agarrarle la mano a Isabel por debajo de la mesa y me entran ganas de preguntarle si prefiere marcharse, aunque parece sentirse cómoda. Aunque solo tenga veinte años, es una persona muy curiosa y le encanta el sexo, aunque yo prefiero mantener las cosas en el terreno vainilla, porque es demasiado joven.

—Hablo en serio, joder —argumenta Garrett—. ¿No estaría genial que pudieras conocer a alguien a quien le gustaran las mismas mierdas que a ti? No tendrías que ocultarlo ni avergonzarte de las cosas que te ponen.

—Estás como una puta cabra, Garrett —bromeo; Isabel me estrecha la mano con más fuerza, y, al mirarla, veo que tiene el ceño fruncido, como si yo hubiera dicho algo malo.

—Qué va —se defiende Garrett—. ¿Quién no tiene alguna fantasía que no ha cumplido porque le da demasiado miedo ponerla en voz alta? A ver, está claro que a Emerson no le cuesta preguntar. —Emerson hace una mueca, y Garrett sigue en sus trece, como si pensara que su idea puede funcionar. Pero como Isabel me ha fruncido el ceño cuando me he burlado de él, mantengo la boca cerrada—. Todos hemos hecho un montón de cosas, pero estoy seguro de que hay algo que no os habéis atrevido a sugerir. Venga, confesad.

—Tú primero —responde Maggie con una sonrisa traviesa. Maggie es la única mujer del grupo, aunque no se comporta como cabría esperar teniendo en cuenta que mantiene a raya a tres tíos

cachondos: es sorprendentemente tímida y reservada, lo que explica por qué le ha replicado a Garrett con otro imperativo.

—Está bien —responde, y mientras Garrett desvela sus inesperados gustos en el dormitorio, yo me dedico a atender a la conversación y a lo que hace Drake, que ahora mismo está tan cerca de la mujer que lleva una banda blanca que pone «*Es mi cumpleaños*» y una corona que parecen a punto de besarse. Se me hace un nudo en el estómago al ver que ella le pasa las manos por el pecho y el cuello y aferro con fuerza mi copa de whisky. Justo cuando sus labios están a punto de encontrarse, la voz suave de Isabel me devuelve a conversación.

—Yo quiero hacer un trío.

—¡Sí! —exclama Garrett, y yo me quedo alucinado mirando a mi dulce e inocente novia, que acaba de contarles a todos mis amigos que su deseo más oculto es hacer un *ménage à trois*—. ¿Lo veis?!

—¡Isabel! —tartamudeo.

—¿Qué? —pregunta, encogiéndose de hombros—. Garrett tiene razón. Es normal tener fantasías. No pienso sentirme culpable.

—Bien hecho —responde Maggie.

Las mejillas pecosas de Isabel se cubren de rubor, y esboza una sonrisa tensa.

—No me puedo creer lo que acabas de decir... —La miro boquiabierto, divertido y escandalizado a partes iguales.

—Un momento —insiste Garrett—. ¿Un trío con otra chica o un trío con otro chico?

Me masajeo las sienes y lucho contra la tentación de sacarla a ras-tras de aquí para que los pervertidos de mis amigos no puedan corromperla más, pero ella hace una mueca y considera la pregunta.

—Mmm... Creo que me da igual.

—Guay —responde Garrett.

No puedo disimular mi sorpresa: hace tres años que la conozco, tres años que llevo enamorado de ella, y hace dos que empezamos a acostarnos, y jamás me había contado que quisiera hacer un trío.

—Muy bien, Hunter, es tu turno —dice Garrett, y yo niego con la cabeza.

—No se me ocurre nada.

—Venga, yo he contado mi fantasía —argumenta Isabel, y yo me encojo de hombros.

—Es la verdad. No tengo ninguna.

Me miran decepcionados, pero al cabo de un momento vuelven a lo suyo. Ojalá pudiera contarles mis deseos más escondidos, pero ni siquiera permito que esa idea se me pase por la cabeza. Vuelvo la vista hacia la barra, veo que Drake se está enrollando con la chica del cumpleaños apoyado en la pared y rechino los dientes una vez más.

Pueden tomarse a broma todo esto de las fantasías, pero jamás sabrán lo angustioso que es mantener tus deseos ocultos porque jamás, nunca, sabrán los míos. No pienso permitirlo.

A la mañana siguiente, todos los demás ven cumplidos sus deseos porque la empresa se ha declarado en quiebra y todos nos hemos quedado sin trabajo. El pánico que me invade es abrumador, y, cuando Emerson me llama, yo ya estoy buscando otro trabajo.

La primera vez que me habla de su nueva idea de negocio —desarrollar una aplicación de citas basada en las fantasías sexuales— pienso que es una locura y que no va a funcionar, y estoy a punto de negarme. Tengo esas palabras en la punta de la lengua porque me juego mi futuro con la mujer que amo, y sería preferible que aceptara un empleo en una empresa que ya diera beneficios, pero cuando la veo durmiendo a mi lado, en la cama, y recuerdo lo que dijo, cómo declaró que deseaba hacer un trío, me doy cuenta de que prefiero vivir una vida alocada con esta chica en un apartamento antes que una aburrida en una casa. Y si ella puede vivir así sin avergonzarse, yo también.

En contra de mi primer impulso, acepto asumir el papel de encontrar y dirigir a los desarrolladores de la aplicación. Me prometo dedicarle un año, más que nada porque no creo que dure tanto.

Me equivoqué: el Club Juegos Prohibidos duró mucho más que un año y se convirtió en mucho más que una aplicación móvil.

# REGLA N° 1

*Cuando no puedes ser el tercero en discordia, haz un trío*

DRAKE

Soy un puto sinvergüenza. Es un término anticuado, pero no me gusta ninguno de los modernos: golfo, *playboy*, mujeriego...

No me gusta lo estable ni las relaciones ni soporto la idea del compromiso. Siempre que he estado durante un período más o menos largo con alguien, le he puesto los cuernos varias veces. La primera fue mi novia del instituto, cuyo nombre ni siquiera recuerdo; y no solo eso: la engañé con su mejor amiga horas después de desvirgarla.

Lo que decía: un sinvergüenza.

Tampoco es que me enorgullezca de ello; sé que no dice mucho de mí, pero tampoco soy el típico imbécil que va por ahí alardeando. Simplemente soy así: me gusta follar, y, aunque respeto a todas las personas con las que estoy, mi prioridad no es conocerlas. Solo quiero que pasemos un buen rato y después nos separemos sin hacerle daño a nadie.

Así que cuando mi mejor amigo me ofreció un trabajo como jefe de reformas en su nuevo club sexual, no fue nada sorprendente que aceptara de inmediato. Era mi pasaporte al paraíso: por fin iba a poder vivir a mi manera, en los mejores años de mi vida, sin preocuparme por que mis compañías sexuales esperaran un mañana o un para siempre; en el Club Juegos Prohibidos puedo follar todo lo que quiera y ser tan pervertido como me apetezca y con quien me apetezca: chicas o chicos.

Y aquí estoy, con unos labios increíbles alrededor de mi miembro y una chica morena cabalgando sobre mi cara, aullando como una posesa mientras le rodeo el clítoris con la lengua. Estoy a dos segundos de sacarle el pene de la boca a su amiga y metérselo hasta la garganta para que se calle; iba a dejar que se corriera antes, pero esto ya se está saliendo de madre, así que me la quito de encima, salgo de la boca de su amiga y me meto en la suya. Este no es su primer rodeo, está claro; a veces, cuando es el primer trío de alguien, te das cuenta por la forma en que titubean cuando cambiamos de postura, sin saber muy bien qué hacer o dónde, pero estas chicas saben lo que se hacen. Es fácil verlo cuando la más callada se pone a practicarle sexo oral a la otra como si estuviera en un concurso de comer tartas.

¿Y cómo me he metido en esto? Bueno, llegué a la casa de alquiler de Phoenix con Hunter e Isabel ayer por la tarde, y terminé en este paraíso después de que mis amigos me dejaran solo y se fueran a celebrar su aniversario. Yo decidí ir de caza a una discoteca para poner una muesca más en mi cabecero. Y está claro que ha funcionado a las mil maravillas.

Tampoco se trataba de que no quisiera celebrar su aniversario con ellos, pero es que ni siquiera es el aniversario de boda, sino el de sus diez años de noviazgo. ¿Qué clase de persona sigue celebrando eso después de casarse? No pretendo parecer amargado, porque no lo estoy: a ver, estoy a punto de correrme en la boca de una chica de veintidós años. No tengo de qué quejarme.

De todas formas, ser la tercera pata del banco de esos dos me cansa un poco, porque llevo siéndolo toda su relación; joder, si hasta estaba ahí el día que se conocieron, y recuerdo muy bien la cara de enamorado de mi mejor amigo cuando vio a la recatada pelirroja con gafas que cruzaba la calle cargada con sus libros.

Y después de eso seguí ahí cuando Hunter se reformó, cuando consiguió un empleo, cuando se esforzó por ascender por ella, cuando se convirtió en el dueño de un club por ella.

Quizá si yo fuera la clase de tío que sienta la cabeza con una mujer guapa, me habría alejado un poco de ellos, pero como no lo soy, me tratan como a su hijo predilecto de treinta y cuatro

años y me invitan a fiestas, cumpleaños y, como puede verse, vacaciones.

No pretendo entrometerme en su vida, pero son la única familia que tengo; son todo lo que tengo.

Y, a saber por qué, en cuanto pienso en ello me corro en la boca de la chica, que se traga hasta la última gota. Creo que ninguna de las dos se ha corrido, pero, como a mí me han exprimido, me desplomo sobre el colchón y dejo que acaben la una con la otra.

Me sumo en un sueño posorgásmico hasta que oigo la puerta principal abrirse, una charla en voz baja y movimiento en esta casa tan pequeña; después, se cierra la puerta al final del pasillo y siento una opresión en el pecho.

—¿Ya hemos acabado? —pregunta la chica callada.

—Dame un minuto, cariño. —Suelto un suspiro y me tumbo boca arriba, relajado.

La que lleva un aro en la nariz —creo que su nombre empieza por ka— me besa el cuerpo entero y me acaricia para intentar revivirme. ¿Kristy, Kelsey, Kyla?

En serio, mujer, no han pasado ni cinco minutos. ¿No sabes lo que es el período refractario?

Se oye un gemido agudo a lo lejos y me tenso. Entre mi habitación y la suya solo hay un tabique, y me doy cuenta de lo delgado que es cuando oigo un nuevo grito de Isabel.

—Allá vamos —dice una de las chicas cuando mi erección crece gracias a sus caricias; a nuestro lado, la otra se está recuperando del orgasmo.

—Parece que hay fiesta en la otra habitación —murmura, somnolienta, cuando escuchamos los golpes de la cama contra la pared con un ritmo lento y brusco.

—Quizá deberíamos preguntarles si podemos unirnos a ellos y montar un fiestón enorme —apunta la chica que me está acariciando.

—Hablas demasiado —protesto. Me doy la vuelta y cojo un condón de la mesilla, lo deslizo sobre mi pene erecto y me abalanzo sobre la chica que está de rodillas frente a mí, escuchando los gemidos de mis mejores amigos mientras follan.

La chica suelta un gemido ahogado, la agarro del pelo y la levanto para acercar mi boca a su oreja.

—Grita más fuerte —murmuro, y obedece, pero no lo suficiente como para ahogar los sonidos que hace la mujer de la habitación de al lado. Esa a la que no debería estar prestando atención, en la que no debería estar pensando y que no debería excitarme.

## REGLA N° 2

### *La competencia no es mala*

ISABEL

Mi marido tiene pinta de ser infeliz..., bueno, me corrijo: tiene pinta de ser feliz, porque a Hunter se le da bien sonreír y disimular si hace falta, pero a mí no me engaña, y puedo ver las expresiones disimuladas de pesar y tristeza que aparecen en su rostro.

—¿No te gusta el filete? —pregunto.

—Sí, cariño, claro que me gusta. —Tiende la mano sobre la mesa y me acaricia los nudillos, y yo correspondo a su sonrisa.

No soy lo que la gente considera la típica buena esposa, y ni siquiera sé qué quiere decir eso. Cuando era más joven estaba en contra del matrimonio, porque pensar en dedicarle mi vida a una sola relación me parecía irracional y desalentador. ¿Cómo podría prometerle a alguien que iba a amarlo solo a él durante el resto de mi vida? ¿Cómo podría prometerlo nadie? No podemos ver el futuro ni saber lo que nos espera a la vuelta de la esquina.

Pero entonces conocí a Hunter Scott. Es muy fácil amar a Hunter: me adora, me complementa, me anima, me inspira y consigue que me enamore de él un poco más con cada día que pasa, así que, por supuesto, quiero que se sienta tan feliz como yo, pero por la forma en que le da vueltas al anillo de boda en el dedo y se muerde el labio inferior sin apartar la mirada de su copa de vino tinto, sé que algo va mal.

—¿Deberíamos haberlo invitado? —pregunto.

Alza la vista hacia mí.

—No. Él entiende que es nuestro aniversario, y, además, estoy seguro de que ahora mismo ya se está acostando con alguien.

Me obligo a ignorar la inquietud que me provoca pensarlo. Drake es un hombre adulto, soltero y guapo, y puede hacer lo que le dé la gana. Pero ¿va a pasarse todo el viaje follando? Sé que no ayuda que nos hayamos tomado estas minivacaciones para recorrer el país y visitar cuatro clubes sexuales, aunque me siento como si estuviéramos llevando a nuestro hijo a Disneylandia. No puedo reprimir una risita al imaginarme a Drake con unas enormes orejas negras de ratón y su nombre bordado en la espalda de la camiseta.

—¿De qué te ríes?

—De nada. Solo me estaba preguntando por qué le hemos pedido a Drake que viniera con nosotros. Es muy probable que lo perdamos por el camino.

—Siempre hace lo mismo cuando nos vamos de vacaciones —ríe.

—Ya deberíamos haber aprendido que es mejor no compartir las casas de alquiler con él —replico, juguetona.

—La verdad es que sí. —Me estrecha los dedos.

—¿Sabes? A lo mejor tendríamos que haberlo invitado a cenar con nosotros. Al fin y al cabo, estaba ahí el día que nos conocimos.

—Ah, ¿sí? —responde Hunter—. No lo recuerdo. Solo te miraba a ti.

Pongo los ojos en blanco e intento ocultar mi sonrojo.

—Para.

—No. Isabel, ese fue el mejor día de mi vida, el primero de muchos. Verte de camino a la biblioteca, cargando con esa pila de libros y con las gafas resbalándose por tu nariz... —Su sonrisa es contagiosa.

—Te estás burlando de mí —contesto.

—No. Hasta recuerdo con absoluta precisión lo que se me pasó por la cabeza en ese momento.

—«¿Quién sigue yendo a la biblioteca?».

—No. Fue «Ojalá pudiera salir con una chica así».

Nos acercamos el uno al otro sobre la mesa para besarnos.

—Y, mira por dónde, conseguiste salir con una chica así.

Cuando vuelve a reclinarse en su asiento, su expresión es seria de nuevo.

—Porque he cambiado.

—No —argumento—. Porque te quiero pase lo que pase.

Juguetea con las mangas de su camisa, tirando de ellas hacia abajo como un hábito para ocultar los tatuajes que van desde su muñeca hasta su cuello. Mi marido parece pensar que ciertas decisiones que tomó entre los dieciséis y los veintitrés años lo hacen indigno de ser amado, y sé que lo avergüenzan.

Cuando lo conocí yo era una virgen de diecisiete años con ojos saltones. Él era un delincuente de veintitrés años cubierto de tatuajes que hacía lo que podía para salir adelante. Vivíamos en zonas muy dispares de la ciudad, nuestros mundos eran muy distintos, nuestros caminos, muy diferentes; pero al final esos caminos se convirtieron en uno y nuestras historias, aunque desiguales, se unieron en un futuro común. De repente, Hunter se aparecía en todos lados; como tenía miedo de asustarme, tardó meses en reunir el valor suficiente para hablarme: sabía que iba a la biblioteca pública al menos tres veces por semana, y cuando por fin se acercó a mí, estaba tan nervioso que temblaba, y eso, en un hombre como él, me pareció adorable.

Hunter nunca me ha dado miedo; a pesar de sus tatuajes y su reputación, su expresión era amable, y la verdad es que yo me había fijado en él mucho antes de que él se fijara en mí, e, irónicamente, me dije que jamás podría salir con un chico como él.

—Te quiero —musito; apoyo el codo en la mesa y la barbilla en la mano, como una adolescente enamorada. Lo que, en cierto modo, supongo que sigo siendo.

Sonríe, y esos dientes blancos y brillantes hacen que un cálido cosquilleo me recorra las entrañas. ¿Por qué tiene que ser tan guapo, tan encantador y sexy?

—Yo también te quiero, pelirroja.

Me ruborizo y sé que mi cuello y mi pecho están aún más rojos que mi pelo.

—Hunter... —susurro, y le rozo la pierna con mi pie. Se tensa, ladea la cabeza y me mira con lujuria—. Vámonos ya a casa.

—La cuenta, por favor —le pide al instante al camarero, y mi sonrisa es tan amplia que me duelen las mejillas.

Oímos los gemidos incluso antes de abrir la puerta principal del diminuto apartamento de dos dormitorios que hemos alquilado en el centro de Phoenix, cerca del club que visitaremos mañana por la noche. Era la opción más lógica, ya que somos tres y, en lugar de pagar lo mismo por dos habitaciones de hotel, podemos tener un piso por el mismo precio.

Pero cuando, al dejar el bolso, oigo lo que parece una mujer en pleno orgasmo me replanteo la cordura de esa idea.

—Cancela el resto de las reservas —bromeo.

—Joder... Lo siento.

—Hunter, no te disculpes —río—. Eres copropietario de un club sexual. ¿En serio crees que esto me afecta?

Me empuja contra la mesa y me arrincona entre sus brazos.

—¿Estás segura de que no te afecta en absoluto? ¿Ni siquiera un poco? —Me besa el cuello, justo debajo de la oreja, y yo dejo escapar un murmullo de aprobación: conoce todos mis puntos débiles.

—Vale..., puede... Un poco...

Me rodea la cintura, me estrecha contra él y murmura junto a mi oreja.

—¿Deberíamos hacerles la competencia.

—Ay, cariño, ya sabes que puedo hacerlo mucho mejor que ella. —Pero entonces se oye el gemido de otra voz femenina y Hunter y yo nos miramos con los ojos como platos—. Ellas —me corrijó.

Hunter me carga sobre su hombro y me lleva al dormitorio; ahí, los gemidos de la habitación contigua suenan más fuerte, así que supongo que estamos pared con pared. Maravilloso...

Me distraigo enseguida cuando Hunter me deja caer sobre la cama y me lleva hasta el borde; le rodeo la cintura con las piernas mientras se quita la chaqueta y se desabrocha la camisa. Me lamo los labios y me deleito con la visión de mi marido tras deshacerse

de la prenda blanca de algodón para dejar al descubierto la tinta negra, blanca y roja que lo cubre como una segunda piel.

Con un brusco tirón, me sube el vestido hasta la cintura y me baja las bragas. Suelta un gruñido, se arrodilla y me mordisquea el interior de los muslos. Me retuerzo entre sus brazos cuando alcanza mi centro y lo recorre con grandes lengüetazos, y suelto un fuerte gemido.

—Venga, pelirroja, puedes hacerlo mejor.

Me mete dos dedos y arqueo la espalda, soltando un grito gutural. Su boca es brusca y sus dedos, brutales mientras me chupa y me mordisquea el clítoris.

Me aferro a las mantas; mis zapatos de tacón caen con estrépito contra el suelo de baldosas cuando mi marido hunde la cabeza entre mis muslos y no se aparta ni para respirar hasta que grito de placer una vez más.

Llego a un orgasmo feroz rápidamente, pero antes de que pueda recuperarme, Hunter hace que me ponga de rodillas y se sitúa detrás de mí. Me agarro al cabecero y me preparo: Hunter es muy duro en la cama, y eso es lo segundo que más me gusta de él después de su gran corazón. O quizá es esa dicotomía lo que hace que el sexo sea genial: en persona es cálido, amable y tranquilo, pero en la cama se desmelenan y se comporta de forma salvaje, ruda y primitiva. Me gruñe, me ordena y me domina, y sé que me quiere a mí y solo a mí, que me necesita.

—Más alto —exige.

Grito una vez más, y, cuando la cama golpetea contra la pared, juraría que los gritos en la otra habitación han subido de volumen, y, no sé por qué, me pongo a imaginar lo que pasa ahí: veo a Drake cabalgando a esa chica como Hunter lo hace conmigo; veo su cabello rubio hasta los hombros, veo su rostro y me pregunto qué expresión muestra cuando se corre. Siento una oleada de calor y placer por todo el cuerpo y me corro una vez más, afeerrada al cabecero y gritando.

Hunter me penetra un par de veces más y gime al alcanzar el orgasmo; cuando abro los ojos, inspiro hondo y reprimo la vergüenza que me atenaza al saber que todavía tengo la imagen de

Drake congelada en primer plano en mi mente, y por un instante me imagino que las manos que me están agarrando de las caderas son las tuyas. Alargo el brazo a toda prisa y le estrecho la mano a Hunter; me vuelvo hacia él, salgo de mi fantasía y experimento alivio al ver a mi marido, el único hombre en el que debería pensar cuando llego al clímax.

*Pero ¿qué leches ha pasado?*

## REGLA N° 3

### *Las reuniones en la cocina a medianoche pueden ser muy esclarecedoras*

HUNTER

Diez años. Ya han pasado diez años y parece que fue ayer. Aún me siento como el traficante de drogas que conducía el destartado todoterreno de mi padre, el que tenía veintitrés años y hacía lo que podía para salir adelante. Diez años con trajes elegantes y coches bonitos y una preciosa casa que compré y pagué para mi guapísima esposa.

No voy a decir la gilipollez de que no me lo merezco, porque, joder, vaya si me lo merezco: me dejé el culo para cambiar una vida de vender anfetaminas por una de vender BDSM, y no he olvidado de dónde vengo: una parte de mí sigue siendo ese chico estúpido que tuvo la suerte de no haber acabado entre rejas, pero no me avergüenzo de ello. Hice lo que tenía que hacer, lo que habría hecho la cárcel: me rehabilité, y la mujer que dormita a mi lado fue mi sentencia.

La respiración de Isabel es pausada, y tiene la melena de color ámbar despeinada. Me agacho, le retiro los mechones de la cara, le doy un beso en la frente y salgo de la cama con cuidado, sin despertarla.

El viejo despertador de la mesilla de noche muestra en luz roja las tres y veintidós. La vida en el club me ha convertido en un ave nocturna que pasa la noche despierta y se duerme al amanecer, y, como acabo de oír la puerta de un armario en la cocina, sé que no soy el único.

—Tienes unos horarios rarísimos para dedicarte a la construcción —comento en la oscuridad, y oigo un golpe en la encimera.

—Joder, tío —protesta Drake—. Me has dado un susto de muerte.

No puedo reprimir una risita seca. Llego a su lado, cojo un vaso y su hombro desnudo roza el mío.

—Lo siento.

—¿No puedes dormir? —pregunta.

—Ya me conoces —murmuro con pereza. Lleno el vaso de agua y miro a mi mejor amigo bajo la luz de la pequeña bombilla que hay sobre la encimera—. Habría apostado a que estarías inconsciente. Me daba la impresión de que estabas haciendo mucho ejercicio.

Sonríe de oreja a oreja y apoya las manos sobre el mármol; va vestido solo con unos vaqueros y no lleva zapatos, y parece muy pagado de sí mismo por todo el ruido que ha hecho esta noche. Aunque, bueno, técnicamente, han sido las chicas las que han hecho ruido.

—Ah, ¿me has oído? —dice con una sonrisa traviesa.

—Venga ya, Drake; estoy convencido de que te han oído Emerson y Maggie desde el club. Es un milagro que los vecinos no hayan llamado a la policía. Sonaba como si estuvieras estrangulando lince ahí dentro.

Ríe entre dientes, su pecho sube y baja rápidamente con cada respiración. Debe de estar bien tener un trabajo manual como la construcción, porque a sus treinta y cuatro años se mantiene en forma sin tener que hacer ejercicio todos los días. Yo, en cambio, tuve que instalar un gimnasio en el sótano y vivir allí a tiempo parcial para mantener mi físico.

Para él el trabajo en las obras es como levantar pesas, y el sexo es su entrenamiento de cardio.

—Estas chicas de Arizona son tremendas. —Ríe—. No tardaron ni una hora en sacarme del club y meterme en un Uber. ¿Podemos quedarnos? —bromea con una sonrisa infantil.

—Tú puedes quedarte si quieres. Iz y yo tenemos que visitar otros tres clubes en tres estados distintos la semana que viene. Y estoy convencido de que no querrás perdértelo.

—Sí, suena divertido. Además, los sonidos que venían de tu habitación no eran mucho más discretos que los de la mía. —Enarca una ceja.

—¿Estabas escuchando los sonidos que hace mi mujer durante el sexo?

—Como si fuera la primera vez... ¿Recuerdas cuando el único sitio donde podíais hacerlo era en la parte de atrás del todoterreno y yo tenía que esperar fuera? ¿O cuando teníamos ese apartamento en la ciudad y yo trabajaba de noche y no podía dormir por culpa de vuestras escapadas sexuales matutinas?

Escondo la sonrisa tras el vaso y escucho unos pasos suaves que vienen del dormitorio.

—¿Qué hacéis levantados todavía? —Isabel aparece en la puerta vestida con un pijama con pantalón corto y camiseta de tirantes, que deja ver sus pezones a través de la tela. A estas alturas, ya he superado lo de sentirme celoso por culpa de Drake; ya ha visto a Isabel en ropa interior muchas veces, porque era casi imposible evitarlo cuando vivimos juntos unos cuantos años mientras él construía nuestra nueva casa. Pero cuando ella se acoda sonriente sobre la encimera y casi nos muestra los pechos, me tenso—. Una noche divertida, ¿eh? —se burla de él—. ¿He oído bien? ¿Eran dos chicas?

—Has oído bien —responde, arrogante, y le sonrío sin apartar la vista de su cara; no alcanzo a imaginar el esfuerzo que debe de suponerle no mirarle el escote.

—¿Y no estás agotado? —insiste.

—Isabel, ¿en serio crees que no puedo con un par de veinteañeras?

—Te estás haciendo mayor. No deberías salir con universitarias —responde con una sonrisa sarcástica.

—Podría con toda su hermandad —ríe.

—Claro que sí, Drake.

Yo estoy recostado contra la nevera, atendiendo a sus pullas con una sonrisa. Podría pasarme la vida mirándolos. Isabel y yo bromeamos y nos reímos juntos, pero nunca tendremos la relación juguetona que ella tiene con Drake, y no estoy celoso porque

sé que no hay nada más: bromean como hermanos, o como buenos amigos, y es lógico: cuando yo empecé a salir con ella, él la adoptó como amiga. Siempre ha cuidado de ella y la ha tratado tan bien como yo, aceptándola como si siempre hubiera formado parte de nuestro grupo.

Pero no siempre será así: el tiempo corre en nuestra contra, y, aunque sé que es mi lado pesimista y sombrío el que habla, también me doy cuenta de que en algún momento Isabel querrá tener hijos o Drake sentará cabeza y nuestra familia cambiará, y por mucho que quiera tener hijos con Isabel y que Drake siente la cabeza, odio los cambios. Si las cosas pudieran seguir siempre como ahora, sería feliz.

Siguen peleándose entre bromas y pullas, y la mirada de Drake jamás se aparta de su cara, no recorre su cuerpo y no se detiene en esas partes que otros hombres miran boquiabiertos. A ver, Isabel da clases de yoga y siempre va vestida con ropa de lycra, y es una obra de arte. ¿Cómo no mirarla? Pero Drake jamás lo hace.

Pero las expresiones de ella me cuesta más interpretarlas: mi mujer es más discreta que Drake y que la mayoría de la gente, así que cuando le mira los pectorales o se muerde el labio, sonriente, no puedo evitar preguntarme qué se le está pasando por la cabeza. Daría lo que fuera por saberlo, incluso aunque fuera que lo está admirando, porque, una vez más, ¿cómo no hacerlo? Drake es tan agradable a la vista como Isabel, con esos abdominales marcados, la piel bronceada por el sol, el pelo rubio oscuro hasta la barbilla y esa sonrisa tan deslumbrante como un relámpago. Es la hostia de difícil no quedarse mirándolo, y eso que yo soy heterosexual.

Isabel bosteza, se endereza y me coge la mano.

—Vamos a la cama. Mañana nos espera un día muy ajetreado.

En realidad, *hoy* nos espera un día ajetreado: nos vamos a reunir con los propietarios de un club de sexo de la ciudad, el primero de los cuatro que visitaremos en este viaje para colaborar, compartir ideas y hablar de la creación de la marca. No he venido solo para hacer un estudio de mercado para Juegos Prohibidos, sino también para estudiar una posible expansión. Emerson está

pensando en una segunda sede, y comprar un club ya existente sería más fácil.

—Vamos, pelirroja. —Le paso el brazo por los hombros y la beso en el cuello. Le damos las buenas noches a Drake con un gesto y, justo antes de perdernos por el pasillo, le echo un vistazo por encima del hombro y me sorprendo al ver que ha perdido la sonrisa y nos contempla con expresión melancólica.

—¿Crees que está bien? —le pregunto a Izzy cuando nos metemos en la cama.

—¿En serio? —ríe.

—Sí. Lo he visto un poco triste.

—Debe de estar cansado. A mí me ha parecido que estaba bien cuando hablaba con él —responde, acurrucándose contra mi pecho.

—Sí, pero lo dices porque contigo siempre está sonriendo.

Ella levanta la cabeza.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nada —respondo—. Solo quería decir que los dos siempre os hacéis reír, pero cuando creía que nadie lo miraba, parecía decaído.

—¿Por qué no hablas mañana con él? —sugiere.

—Vale. —Le doy un beso en los labios y la estrecho contra mí; me adormezco con los latidos de su corazón, la caricia de su pelo en mi brazo y el roce de su aliento sobre mi piel.

Sonrío y la beso en la coronilla. ¿Cómo coño he tenido tanta suerte? Diez años y todavía no me lo creo. Ojalá Drake pudiera encontrar a alguien como Isabel. Sé que esa expresión triste no han sido imaginaciones mías, y no es la primera vez que la veo: finge que su sueño es acostarse con alguien diferente cada noche, pero estoy convencido de que sería más feliz si pudiera tener lo que yo tengo.